

1968: a 40 años del movimiento estudiantil en México

Massimo Modonesi

Maestro en Sociología. Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

Resumen

Esta presentación de José Revueltas y sus escritos se refieren al movimiento estudiantil desatado en México como contrapunto del Mayo francés de 1968. Massimo Modonesi relata brevemente lo que fue ese movimiento y traza una biografía de Revueltas. Los textos del dirigente estudiantil mexicano abordan las aspiraciones del movimiento, la autogestión académica y la universidad crítica.

Abstract

This presentation of José Revueltas and his writings refers to the student movement developed in Mexico as a counterpoint to the french May 1968. Massimo Modonesi briefly relates what this movement was and outlines a biography of Revueltas. The texts of the leader of the Mexican students express the aspirations of the movement, the academic self-management and the university criticism.

Palabras clave

Movimiento estudiantil, Mayo del '68, autogestión académica, universidad crítica, José Revueltas.

Keywords

Student movement, May '68, academic self-management, university criticism, José Revueltas.

El '68 mexicano es parte del '68 mundial, una pieza de un mosaico que representa un movimiento revolucionario lleno de potencialidades y contradicciones, cuya voluntad transformadora quedó atrapada entre las inercias sociales conservadoras y la capacidad reaccionaria de las estructuras de dominación existentes, pero logró abrir brechas que marcaron caminos de reformas, más socioculturales que políticas y económicas. Como en otras partes del mundo, el movimiento estudiantil en México expresó un quiebre generacional, cimbró los mitos integradores del capitalismo de bienestar, desenmascaró la metástasis del autoritarismo de lo estatal a lo societal y lanzó un grito libertario que resuena con un timbre creciente en nuestros tiempos de refundación conservadora. Vista desde el presente, la "marcha del silencio" de septiembre de 1968 evoca la posibilidad de un antídoto, una pausa reflexiva frente a la cacofonía pseudoinformativa, consumista, espectacular y electoralista que tiende a banalizar, trivializar y confundir todos los discursos, las palabras y sus significados.

Los acontecimientos mexicanos de ese año eufórico y trágico son conocidos. El movimiento nació en julio, con el paro de varias escuelas en respuesta a los abusos policiales. La posterior entrada de los granaderos en los planteles y, en particular, en la preparatoria de San Ildefonso —donde tiraron con un bazucazo una puerta del siglo XVIII— provocó la condena del rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), quien izó a media asta la bandera nacional y encabezó una marcha en defensa de la autonomía universitaria y por la liberación de los estudiantes presos. El movimiento creció en agosto y las marchas ocuparon el Zócalo de la Ciudad de México, donde los manifestantes fueron dispersados por la intervención del ejército. En septiembre, luego de la "marcha del silencio" en contra de la desinformación y la criminalización por parte de la prensa y el gobierno, el ejército ocupó la Ciudad Universitaria de la UNAM y el Casco de Santo Tomás del Instituto Politécnico Nacional, y se retiró el 1 de octubre. El 2 de octubre, una masiva manifestación en la Plaza de las Tres Culturas fue atacada por el ejército y por un grupo paramilitar (el Batallón Olimpia), provocando un número todavía desconocido de muertos y heridos. Días después de la masacre de Tlatelolco, el presidente Díaz Ordaz inauguró los juegos olímpicos. Y siguió la larga noche de la guerra sucia.

El 2 de octubre constituye un parteaguas de la historia mexicana y una columna portante de la memoria colectiva. A nivel histórico, marca el fin de una época, con el derrumbe de la hegemonía posrevolucionaria –autoritaria pero progresista, clientelar pero integradora, patrimonialista pero redistributiva– y la apertura de otra, caracterizada por el recurso descarado y sistemático a la imposición sin mediaciones, desde la represión de los setenta, pasando por el fraude de 1988 hasta la contrarreforma neoliberal. Queda doblemente en la memoria. Por una parte, recuerda que la acción colectiva es el motor de la historia, que sólo la movilización social y política sacude las estructuras de dominación. En particular, el '68 ronda la conciencia estudiantil que cíclicamente sale del campus a la calle para interpelar y criticar a las miserias de la sociedad mexicana, como ocurrió en 1986-1987, en 1994 y en 1999. Por la otra, evoca la indignación frente al terrorismo de Estado y la defensa de las libertades y los derechos humanos, lo que no deja de ser un tema de candente actualidad en el México de hoy.

A 40 años de distancia, recordar el '68 permite volver a pensar el presente. Los textos históricos que se ofrecen a continuación son documentos fundamentales para la comprensión del '68 mexicano en la medida en que muestran la profundidad y el alcance de la crítica y la imaginación política del movimiento estudiantil. Al mismo tiempo, son testimonios de la lucidez de un intelectual marxista revolucionario que influyó y fue influenciado por los acontecimientos: Pepe Revueltas.

José Revueltas (1914-1976) es un icono del '68 por haber sido uno de los pocos intelectuales orgánicos del movimiento estudiantil, militando en el Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras, y por haber sido encarcelado bajo la acusación de ser el "autor intelectual" de la rebelión. En realidad, Revueltas fue una expresión madura de la "inteligencia colectiva" de la juventud movilizada. Como profesor y filósofo marxista, estaba sumergido en la animada vida universitaria de estos años. Su sofisticada sensibilidad literaria, que se expresó en una intensa producción de novelas y guiones, lo vinculaba con el perfil intelectual de una época de florecimiento de la militancia artística. Su trayectoria política de comunista errante lo posicionaba en un lugar privilegiado para captar y sintonizarse con los rasgos novedosos de la politización y radicalización estudiantil. Después de conocer la prisión, siendo todavía menor de edad, fue delegado del Partido Comunista de México (PCM) al VII Congreso de la Internacional Comunista en 1935; fue expulsado del partido en 1943, para reingresar en 1955; y participó en el movimiento ferrocarrilero de 1958, terminando nuevamente en la cárcel de las Islas Marías. En 1960, anticipando el florecimiento de la "nueva izquierda" sesentista,

fue expulsado por segunda vez del PCM por sostener críticas izquierdistas posteriormente resumidas en su famoso “ensayo sobre el proletariado sin cabeza”. Este mismo año fundó la Liga Leninista Espartaco, de la que fue expulsado en 1963, y se acercó al trotskismo hacia finales de los sesenta, para alejarse en los últimos años de su vida.

Su destacada participación en el movimiento del ‘68 queda registrada en un conjunto de escritos políticos que fueron publicados por primera vez en 1978 y entre los cuales escogimos tres breves textos que ilustran tanto el brillo de Revueltas como la radicalidad del movimiento del ‘68 y la brecha simbólica que abrió en la ciudadela del régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI). El primer texto es un documento aprobado el 26 de agosto de 1968 por el Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en el que se explicitan las razones y los objetivos de fondo de la lucha estudiantil. El segundo texto, de septiembre de 1968, contiene un planteamiento programático sobre la autogestión académica que muestra la combinación entre crítica radical y construcción alternativa propia del pensamiento que acompañaba el movimiento. En el tercero, recién salido de la cárcel de Lecumberri, Revueltas traza un balance del movimiento y retoma sus desafíos a tres años de distancia de 1968, pocos días antes de otra masacre que cierra definitivamente el ciclo de la protesta estudiantil, la del 10 de junio de 1971, conocida como el Halconazo, por el nombre del grupo paramilitar que la realizó.

En ellos trasluce el espíritu de una época militante, la agudeza de la crítica marxista, y resuena el eco de un llamado a la lucha revolucionaria.

Nuestra bandera¹

José Revueltas

Se ha dicho que el Movimiento Estudiantil Julio-Agosto de 1968 carece de una bandera –es decir, de objetivos precisos y “miras elevadas”, conforme al trasnochado lenguaje de los monitores editorialistas de la prensa más corrompida del mundo, la mexicana– y que, junto a esta falta de bandera, índice de gratuidad de nuestro Movimiento, éste se ampararía en una su-puesta situación de privilegio social y económico de que el estudiante goza en violento contraste con otras capas de la sociedad menos favorecidas, que sin embargo son las que pagan en su mayor parte la educación superior.

Con esto se quiere tender una cortina de humo que oculte no sólo el contenido real de nuestros propósitos, sino la raíz y razón de los mismos, condicionados por una situación general de imposturas políticas, de ejercicio arbitrario y monopolista del Poder, de negación de las libertades y derechos ciudadanos, de falsificaciones jurídicas y procesos amañados que, en cualquier otro país, acreditarían al poder judicial como reo de asociación delictuosa; situación general, condicionante de nuestros objetivos, repetimos, que tiene largos años de existir y no se circunscribe tan sólo a la etapa que como jefe del Ejecutivo lleva en su desempeño el licenciado Díaz Ordaz al frente de la República.

Tenemos, pues, una bandera de principios, aparte la reclamación de agravios que representan los seis puntos de nuestra demanda en contra de las autoridades. En sus comienzos, quizá nuestro Movimiento se hubiese satisfecho con la reparación de daños y la remoción de los culpables de aquéllos. Pero en México se ha totalizado a tal extremo el sistema de opresión política y de centralismo en el ejercicio del Poder –desde a nivel de gendarme hasta al de Presidente– que una simple falta a los “reglamentos de policía y buen gobierno” confronta al más común de los ciudadanos con todo el aplastante aparato del Estado y de su naturaleza de dominio impersonal, anónimo, despótico, inexorable y sin apelación posible, sobre el individuo y la comunidad en su conjunto. Los sindicatos obreros regimentados, amordazados, sin el menor resquicio mediante el cual ejercer su independencia; el derecho de huelga convertido en una cínica ficción; la capacidad de corrupción, de amoralidad y de renuncia al espíritu crítico, como requisito forzoso e inexcusable, para todos aquellos que aspiren a dirigir una federación sindical, una liga de comunidades agrarias, un comité de partido, oficial o no, una empresa o, lo que ya es el colmo (y entre nosotros se llegaron a dar los casos), hasta una simple sociedad

de alumnos de alguna facultad o escuela. Inútil señalar más ejemplos de esta increíble degradación social a la que sus dirigentes, ensoberbecidos y ciegos, pueden conducir a un país.

Cada agrupación –no importa de la que se trate ni de lo que se proponga– que quiera luchar en México de un modo independiente y fuera de los canales “autorizados” por el régimen, ha de comprobar por su propia experiencia esta situación insufrible e irrespirable que vive nuestro país desde hace mucho, pero que no sólo no se deteriora con el tiempo sino que cada vez se afina y perfecciona más.

Por supuesto, tal tipo de agrupaciones, si han intentado existir, desaparecen apenas nacidas o se corrompen, pero lo cierto es que ya no pueden darse en el México de nuestros días.

Nuestros detractores tienen razón: los estudiantes somos una capa social “privilegiada”. Tenemos el privilegio político de ser los únicos –o casi los únicos– a quienes en México aún se les puede permitir el delito de la honradez y la independencia, no porque la clase gobernante quiera ni mire con buenos ojos que así sea, sino porque no se ha logrado mediatizarnos ni uncirnos a su maloliente carro de infamias.

Practicamos este deber y ejercemos este derecho para que en el futuro inmediato, para que *hoy mismo*, el pueblo entero, la clase obrera, los campesinos, los intelectuales, se conviertan también en esas capas “privilegiadas” capaces de pelear en defensa de su propia dignidad humana y junto a las cuales nosotros lucharemos siempre con orgullo.

Una infracción a los reglamentos de policía (una reyerta de poca monta entre dos escuelas) que atrajo en su contra la más desproporcionada, injustificada y bestial de las represiones, tuvo la virtud de desnudar de un solo golpe lo que constituye la esencia verdadera del poder real que domina en la sociedad mexicana: el odio y el miedo a la juventud, el miedo a que las conciencias jóvenes e independientes de México, receptivas y alertas por cuanto a lo que en el mundo ocurre, entraran a la zona de impugnación, de ajuste de cuentas con los gobernantes y estructuras caducos, que se niegan a aceptar y son incapaces de comprender la necesidad de cambios profundos y radicales. Este miedo de las viejas generaciones corrompidas fue lo que apareció con toda su brutal claridad ante nuestros ojos al solo contacto con los acontecimientos de julio, que nos han enseñado más que todo lo que pudiéramos haber aprendido en las aulas.

Nuestro Movimiento, por ello, no es una algarada estudiantil más. Esto deben comprenderlo muy bien las viejas generaciones cuyas mentes se obstinan en querer ajustar las nuevas realidades a los viejos esquemas obsoletos de su “revolución mexicana”, de su “régimen

constitucional", de su "sistema de garantías" y otros conceptos vacíos, engañosos, de contenido opuesto a lo que expresan y destinados a mantener y perfeccionar la enajenación de la conciencia colectiva de México a la hipocresía social que caracterizan al régimen imperante.

Correspondemos con esta actitud al sacrificio que las capas más necesitadas de la sociedad, la clase obrera y los campesinos (y, entre ellos, pertenezcan al nivel económico que sea, nuestros padres) tienen que hacer para el sostenimiento de la educación superior. Esta es la única forma de agradecerles: nuestra lucha por una sociedad nueva, libre y justa, en la cual se pueda pensar, trabajar, crear, sin humillaciones, sobresaltos, angustias y mediatizaciones de toda especie. Estudiamos precisamente para obtener esto y no creemos que la dedicación a la cultura pueda tener ninguna otra razón de ser que la de colocar al hombre, al ser humano vivo, tangible y sufriente, en el centro de todas las preocupaciones.

A las otras clases sociales no les debemos nada ni les estamos obligados con nada. A los miembros de la oligarquía, a los satisfechos burgueses viejos y nuevos, a la clase dominante surgida de la revolución mexicana, no tenemos ninguna otra cosa que plantearles sino la obligación que tienen de *pagar* y pagar *cada vez más*, en dinero, por lo pronto, en tanto que llega la hora en que paguen con su desaparición histórica del panorama humano.

Que nadie pretenda llamarse a engaño. No estudiamos con el propósito de acumular conocimientos estáticos y sin contenido humano. Nuestra causa como estudiantes es la del *conocimiento militante*; refuta y transforma, revoluciona la realidad social, política, cultural, científica. No se engañen las clases dominantes:

¡Somos una Revolución!
Esta es nuestra bandera.

Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras
Ciudad Universitaria, 26 de agosto de 1968

Nota

1 El 22 de agosto de 1968, el gobierno, por medio del secretario de Gobernación Luis Echeverría, acepta entablar el diálogo con los representantes de los

estudiantes. Estos últimos exigen que ello se realice públicamente. Se realizan contactos, sin llegar a un acuerdo.

¿Qué es la autogestión académica?

José Revueltas

1. La autogestión académica es, ante todo y esencialmente, una toma de conciencia.

2. Conciencia de lo que es el estudiar y el conocer, no como un ejercicio abstracto y al margen del tiempo y la sociedad que nos rodean, sino como algo que se produce dentro de ellos y como parte de nosotros, en relación y condicionamiento recíprocos.

3. Esta relación y condicionamiento no obran en virtud de su sola y simple presencia, sujetos a su mero impulso espontáneo. Requieren el impulso de la parte que representa el factor conciente de la relación, o sea, del que estudia y conoce, cuyo impulso no puede ser sino Revolucionario, cualesquiera que sean las características dominantes de la sociedad y de nuestro tiempo.

4. Una sociedad conservadora y reaccionaria, tanto como una sociedad avanzada y progresista, deberán condicionar siempre y en todo caso el carácter revolucionario de la conciencia universitaria (entendida como de la educación superior en general). Esto es, la conciencia de quienes estudian, aprenden y conocen (en la universidad y demás centros de educación superior) deberá mantener siempre una relación crítica e inconforme hacia la sociedad, cualquiera que sea la naturaleza de ésta.

5. Si la conciencia universitaria (la conciencia de la universalidad) del estudiantado se conforma acriticamente con la sociedad en que vive (se trate de una sociedad burguesa o de una sociedad socialista), deja de ser conciencia activa, deja de tener el atributo que define a la conciencia misma como movimiento y transformación revolucionarios, para convertirse en un espejo inmóvil de la sociedad, es una negación de toda conciencia, en el apéndice académico de la sociedad.

6. La autogestión transforma a los centros de educación superior en la parte autocrítica de la sociedad. Es decir, si la educación superior anteriormente sólo desempeñó un papel crítico, ahora, mediante la autogestión deberá desempeñar un papel transformador y revolucionario. La crítica representa una acción paralela, dirigida desde fuera, hacia la sociedad, sin compromiso alguno, como una clasificación inerte, del mismo modo en que se define o clasifica el fenómeno de la naturaleza. La autogestión, en cambio, cuestiona a la sociedad desde dentro, como parte

de ella que es, y que, en tal condición, asume la conciencia autocrítica de dicha sociedad. Esta conciencia, como crítica, es la negación de la sociedad que sea (burguesa o socialista), y como autocrítica, es la negación de la negación: subvierte dicha sociedad, representa lo nuevo e implacable, lucha contra lo viejo.

7. Para el concepto de autogestión, el conocer es transformar. No se trata tan sólo de adquirir una concepción determinada del mundo, sino de que tal concepción, al mismo tiempo, actúe como desplazamiento revolucionario de lo caduco, lo ya no vigente, lo obsoleto que se resiste a desaparecer. La autogestión plantea un conocimiento militante, en todo caso inconforme con los valores establecidos.

8. La autogestión socializa y politiza al máximo de su capacidad a la educación superior. La socializa en tanto que la compromete con todos los problemas vitales de la sociedad en que vive y la politiza en tanto que tal compromiso obliga de inmediato a la acción pública.

9. La autogestión, basada en razones de principio, se pronuncia desde el primer momento en contra del criterio de una educación superior como productora de valores de cambio. Este criterio pragmático y estrecho se sustenta sobre la prioridad que se concede a la satisfacción de necesidades tecnológicas de la sociedad industrial (así en el capitalismo como en la sociedad socialista stalinizada), con la consiguiente desnaturalización y deshumanización del conocimiento. El valor de cambio más cabalmente deshumanizado que crea la enseñanza tecnológica es el especialista, destinado única y exclusivamente a formar una parte, enajenada en absoluto de sí misma, dentro del engranaje industrial. La autogestión presupone una enseñanza técnica integral, subordina a los valores humanos del conocimiento, en oposición a la destreza y eficacia que constituyen el fin último y único del aprendizaje y el adiestramiento técnicos.

10. La autogestión se propone de inmediato una revisión profunda de todos los planes de enseñanza en el campo de la educación superior, dentro del concepto de una verdadera revolución de los sistemas vigentes.

Ciudad Universitaria, 11 de septiembre de 1968